



Artículo especial

# *España y el patriotismo en la obra de Santiago Ramón y Cajal*

*Spain and Patriotism in the Work of Santiago Ramón y Cajal*

■ José Luis González Quirós

## Resumen

Numerosos artículos y publicaciones se han encargado de estudiar y analizar la labor científica de Ramón y Cajal, así como su biografía. En este artículo se analiza un aspecto central en los ensayos cajalinos, esto es, su concepto de España y sus reflexiones, abundantísimas en sus escritos, acerca del sentimiento patriótico.

## Palabras clave

Ramón y Cajal. Patria. Patriotismo. España.

## Abstract

Many articles and publications have aimed at studying and analyzing the scientific work of Ramón y Cajal, as well as his biography. This article analyzes a central aspect of the Cajalian trials, that is, his concept of Spain and deep thoughts, extremely abundant in his writings, on the patriotic sentiment.

## Key words

Ramón y Cajal. Homeland. Patriotism, Spain.

---

El autor es Investigador del Instituto de Filosofía, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

*Nota de la Redacción.* El autor de este artículo se ha ceñido a las normas de estilo habituales en las revistas de "letras" ("normas de Harvard"), en vez de seguir las "normas de Vancouver" de uso casi exclusivo en las publicaciones biomédicas. Entre paréntesis se indica, en primer lugar, la fecha de publicación de la edición de la obra manejada y, en segundo lugar, la página de donde se extrajo la cita o la información. La "n" que aparece, en ocasiones, a continuación del número de la página, nos indica que el texto recogido en el artículo ha sido tomado de una nota al pie. Adviértase que en la bibliografía las obras de un mismo autor están colocadas cronológicamente, según la fecha de publicación de la edición que se ha manejado para la consulta (véase: [www.lmu.ac.uk/lss/lss/docs/harvfron.htm](http://www.lmu.ac.uk/lss/lss/docs/harvfron.htm)).

## ■ No soy en realidad un sabio sino un patriota

Santiago Ramón y Cajal, *La psicología de los artistas* (1972, 132)

La obra científica de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) reviste una importancia que está universalmente fuera de duda. Además de haber llevado a cabo una auténtica revolución en el estudio del cerebro y del conjunto del sistema nervioso que está a la base de cuanto hoy día, más de cien años después, se sigue investigando<sup>1</sup>, la pericia de Ramón y Cajal en sus trabajos de investigación fue tal que, como dice Reinoso (1981, 19), "ha sido común el sentir de muchos neuroanatómicos que si un supuesto hallazgo estaba en contradicción con una afirmación de Ramón y Cajal no era tal hallazgo". La historiografía reciente ha puesto de relieve, contra tópicos necia e innecesariamente mitificadores de la obra cajaliana, cómo su trabajo se apoyó en una urdimbre académica (no exenta de tradiciones y de individuos brillantes) que empezaba a consolidarse y modernizarse y cómo, fundamentalmente gracias a su influjo y ejemplo personal, el avance experimentado en España por la histología, y en general por los saberes biológicos, fue realmente extraordinario, hasta el punto de que, de haber seguido así las cosas, se hubiese apagado de manera definitiva cualquier atisbo de excepcionalidad en el caso de la ciencia española<sup>2</sup>. No sin legítimo orgullo afirmó el propio Ramón y Cajal (1981, 342) en su plena madurez que "la pretendida incapacidad de los españoles para todo lo que no sea producto de la fantasía o de la creación artística, ha quedado reducida a tópico ramplón".

El inusitado tesón de Ramón y Cajal en sus tareas de investigación tenía unas motivaciones personales muy reflexivamente asumidas que se van haciendo perfectamente explícitas a lo largo de toda su obra. Además de su inaudito trabajo de laboratorio y de la audacia y la calidad de sus intuiciones y aportaciones teóricas, Santiago Ramón y Cajal fue un ciudadano ejemplarmente consciente de la importancia crucial del papel de la investigación científica en el desarrollo cultural de la sociedad en su conjunto, y, muy especialmente, en el caso de España. Ramón y Cajal asumió, entre otros, un papel de divulgador de la mentalidad científica en la sociedad española de finales del XIX y no se hurtó al análisis de los no pequeños problemas políticos y culturales que nos afectaron en ese tramo tan decisivo de nuestra historia contemporánea.

Consecuentemente con esa responsabilidad social, aceptada con su característico empuje y optimismo, su obra no estrictamente científica es también muy amplia: escritos biográficos, filosóficos y literarios, además de un cierto número de discursos. Se trata de un material

<sup>1</sup> Como ha escrito Reinoso (1981, 21), aunque hoy un trabajo científico se hace viejo a los cinco años, sus hallazgos siguen siendo actuales y sus argumentos sobre la teoría neuronal irrefutables.

<sup>2</sup> López Piñero (2000, 238) ha recordado, por ejemplo, cómo en 1937 el Hospital de la Pitié en París tenía un único microscopio en comparación con la buena dotación del laboratorio de la Residencia que llegó a tener 18 microscopios.

en el que abundan repeticiones y variantes y que merecería una edición crítica; en todo caso, a su través, podemos examinar el sistema de ideas en que Ramón y Cajal basaba su visión personal sobre los valores civilizatorios y morales de la ciencia, y la relación que cabe establecer entre estas visiones cajalianas y la situación moral de la España sobre la que aspiraba a influir de manera modélica.

Ramón y Cajal se nos trasparenta en su obra como un autor de personalidad arrolladora, de férrea voluntad<sup>3</sup>, trabajador infatigable<sup>4</sup>, liberal<sup>5</sup>, lleno de las más variadas iniciativas, lector universal, amante de la precisión y erudito un tanto puntilloso<sup>6</sup>, y, sin embargo, más tolerante y persuasivo que dogmático, más crítico que doctrinario, empeñado en todo caso en argumentar, en conocer la verdad de las cosas más allá de las convenciones y de los tópicos. Precisamente por eso, su lectura continúa siendo hoy una experiencia muy gratificante pese al obvio envejecimiento que afecta a la retórica y el estilo de una época ya muy lejana del presente.

Para un lector contemporáneo es extraordinariamente llamativa la importancia que Ramón y Cajal concede a la idea de patria, al concepto de patriotismo. Para Ramón y Cajal, dicho en síntesis, la apelación al patriotismo es la más alta y rotunda que pueda hacerse en orden a movilizar las energías morales de un ciudadano, de un compatriota. No sería difícil probar que "patriotismo" (y sus análogos en abstracto o referidos a España) es la palabra más frecuente en sus escritos no histológicos. Como es lógico, cuando Ramón y Cajal, que no era desde luego un filósofo político<sup>7</sup>, utiliza esta clase de términos, no se detiene a analizarlos<sup>8</sup> (lo que tal vez le pareciera indigno y, en cualquier caso, inadecuado a sus propósitos de estimulación) y, aunque a su respecto haga distingos harto pertinentes, no los examina a fondo sino que da por supuesta su pertinencia y asume que sus lectores (como sin duda así fue) le entenderán sin dificultad.

El objeto de este breve estudio es, precisamente, mostrar la consistencia de la idea cajaliana de patriotismo y estudiar el papel que juega dicho concepto en los análisis que nuestro autor hacía de la sociedad, de la cultura y de la historia española.

---

<sup>3</sup> (1981, 70): "Bien puede afirmarse que las conquistas científicas son creaciones de la voluntad y ofrendas de la pasión".

<sup>4</sup> (1981, 98): "Sólo durante 1890 publiqué 14 monografías, sin contar las traducciones. Hoy me asombra aquella actividad devoradora, que desconcertaba hasta a los investigadores alemanes, los más laboriosos y pacientes del orbe". Laín (1982, 14) recoge un dicho atribuido a Ramón y Cajal: "Cuando un aragonés se decide a tener paciencia que le echen alemanes".

<sup>5</sup> (1961, 127): "por instinto atraéme el llamado credo democrático, que casaba admirablemente con mi exagerado individualismo y mi ingénita antipatía ante el principio de autoridad".

<sup>6</sup> Producen verdadero asombro al respecto sus observaciones sobre autores clásicos y cuestiones eruditas en *El mundo visto a los ochenta años*.

<sup>7</sup> De hecho se describe a sí mismo como lego en la materia, no sin cierta ironía (1972, 102): "un infeliz como yo absolutamente lego en eso que llaman 'ciencias morales y políticas' (¿Y para qué han servido?)".

<sup>8</sup> En (2000, 113) afirma incluso que el patriotismo, como la pasión de la gloria, debe sugerirse y nunca analizarse.

## El patriotismo como sentimiento

A poco de comenzar el relato de su infancia y juventud, anota Ramón y Cajal tres recuerdos decisivos de su primera infancia y uno de ellos<sup>9</sup> se refiere precisamente a la impresión que le causaron los festejos con que se celebraron en Valpalmas para celebrar la entrada de las tropas españolas en Tetuán en el año de 1860<sup>10</sup>. Ramón y Cajal (1961, 39-40) lo comenta de este modo: "Fue esta la primera vez que surgieron en mi mente, con alguna clarividencia, el sentimiento de la patria y sus raíces históricas. Representa por lo común el patriotismo pasión tardía; invade el espíritu durante la adolescencia cuando penetran en el sensorio las primeras nociones precisas acerca de la historia y geografía nacionales. Estas nociones exceden y dilatan el mezquino concepto de familia y, sin mitigar la devoción al campanario, nos enseñan que más allá de los términos de la región viven millones de hermanos nuestros que aman, esperan, luchan y odian al unísono con nosotros; que hablan, en suma, la misma lengua y tienen iguales prosapia y destino".

En este texto testimonial, (redactado ya en la madurez) aparecen claramente enlazados varios elementos consustanciales al patriotismo tal como lo entiende Ramón y Cajal: el patriotismo es un sentimiento, depende de una cierta madurez que permita la conciencia de sí mismo, se vincula con el medio físico y con la memoria del pasado histórico, compite, de algún modo, con la *devoción al campanario*<sup>11</sup>, supone una superación del ámbito familiar (del *mezquino concepto de familia*) de lo afectivo y se vincula con una igualdad que se apoya en compartir la lengua, la cultura y el destino. Es evidente que Ramón y Cajal está hablando más de un patriotismo *cultural*, o *de raza*, por decirlo como él lo diría empleando la terminología de la época, que de un patriotismo político o de poder, con nada que pueda confundirse con cualquier forma de nacionalismo.

Este sentimiento patriótico, hace notar Ramón y Cajal (1961, 40), es un sentimiento bifronte que se plasma en afectos y aversiones y que, por éste costado, puede envolver una injusticia que, según nuestro autor afirma, hay que corregir. Efectivamente, tan absurdo es considerar bueno en exclusiva aquello que nos es propio y cercano como estimar malo o negativo todo aquello que nos es ajeno o distante.

<sup>9</sup> Los otros dos son la caída de un rayo que produjo la muerte de un sacerdote y un eclipse de sol.

<sup>10</sup> Unos sucesos a los que más tarde se referirá Ramón y Cajal (1944, 89) de modo harto más crítico: "importa declarar, desde luego, que el patriotismo español, apático o latente, pero jamás anulado en absoluto, alcanzó de repente en 1808 con la guerra de la independencia —que nos sorprendió como siempre, sin soldados, sin dinero y sin material— notable pujanza. Esta exaltación culminó todavía en 1860, con ocasión de la expedición a África emprendida —¡ironías de la historia!— con miras inconfesables de caudillaje militar y de preponderancia de un partido político".

<sup>11</sup> Ramón y Cajal (1961, 28) hace notar que (nacido, por así decir, entre Navarra y Aragón) al carecer de patria chica bien delimitada, "mis sentimientos patrióticos [...] han podido correr más libremente por el ancho y generoso cauce de la España plena".

El patriotismo cajaliano es siempre crítico, rema contra corriente del tópico y se niega a condenar lo extraño cuando sea admirable lo mismo que a defender lo propio cuando no existan motivos. A Ramón y Cajal le interesa subrayar que las diferencias entre distintas naciones o entre distintas culturas no son radicales en lo que se refiere a la bondad o la maldad, pero sí son decisivas en cuanto al esfuerzo y la inteligencia que cada cual ha sabido desplegar. Así, afirma que (1961, 40) "en punto a agresiones injustas y desapoderadas, allá se van todos los pueblos. Todos hemos hecho guerras justas e injustas. Y al final han prevalecido, no los más valerosos sino los más ricos, industriales e inteligentes. No es, pues, de extrañar que más adelante repudiara la inquina y antipatía del extranjero para no cultivar sino la faz positiva del patriotismo, es decir el amor desinteresado de la casta y el ferviente anhelo de que mi país desempeñara en la historia del mundo y en las empresas de la civilización europea un lucido papel".

El sentimiento patriótico, pues, se ha de depurar con la inteligencia, con la experiencia, con la generosidad para reconocer al extraño, refuerzos morales que le son necesarios pero que no lo contradicen, y si no se hace así, se corre el riesgo de que el patriotismo pueda perecer a manos de su faz negativa. El patriotismo que proclama Ramón y Cajal no puede servir de excusa de nada agresivo o tonante, sino que, acicateado por un espíritu de emulación de lo mejor, ha de ser, por el contrario, fuente inagotable de una conducta ciudadana ejemplar.

Esa contraposición cajaliana entre la inquina a lo ajeno y el verdadero patriotismo, refleja un dualismo que estuvo siempre presente en sus análisis de la vida social y política, una tensión moral que define el triunfo de la excelencia humana o el fracaso de la barbarie, la ignorancia, la vulgaridad, el sometimiento a la rutina y al culto *financiero*, según una de sus expresiones favoritas. Recordando las travesuras infantiles, en las que fue ciertamente un Titán, hace notar (1961, 130) que "las contiendas de los muchachos implican un sentimiento loable; el amor a la gloria, es decir, el anhelo a la aprobación y admiración de los iguales; nunca —y esto bastaría para hacer simpáticos a los niños— el sórdido interés". Saber y gloria, siempre frente a poder y dinero<sup>12</sup>.

El sentimiento patriótico se aguza y purifica con la distancia (2000, 103), con el extrañamiento y puede llevarnos a un exceso de idealización provocado por la ausencia de roces debida a la expatriación<sup>13</sup>. La comparación de otros países con la patria nos hace amar más inten-

<sup>12</sup> En carta a Unamuno (Durán y Sánchez Duarte, 1983b, 282) se queja Ramón y Cajal: "¡He perdido atacados de *financierismo agudo*, tantos discípulos técnicamente perfectos y admirablemente *entrenados* para hacer ciencia".

<sup>13</sup> Así se dirige Ramón y Cajal (1981, 308) a los médicos españoles que viven en Argentina y le rinden un homenaje: "¡Oh los nobles, los nostálgicos, los fervorosos compatriotas emigrados, flor de raza y espejo de laboriosidad callada, perseverante y heroica! En medio de vuestras tribulaciones, soñáis con una España grande, redimida por la cultura y por la tolerancia. Por decir estoy que sois los únicos grandes y buenos españoles que nos quedan. La distancia, mitigadora del sentimiento, ha exaltado en vuestro espíritu el santo amor de la patria. Apartada en el espacio, cuanto cercana en vuestro corazón, España aparece en vuestras retinas como una estrella de primera magnitud; no como es, sino como anheláis que sea. He aquí una noble pasión al par que un magnífico programa: porque en cuanto todos lo queramos con emoción cordial y profunda, España volverá a ocupar en el mundo el rango que perdió".

samente nuestras peculiaridades, pero nos hace también sentir con picante acidez nuestros defectos y carencias cuando experimentamos directamente las virtudes de la vida ciudadana de otras naciones, las ventajas y los aciertos que otros han sabido consagrar como hábitos benéficos, unas formas plenas de vida que deseáramos poseer y disfrutar con los nuestros. Además aprendemos a ver cómo nos ven otros y esa imagen que los extranjeros se hacen de nuestra sociedad, aunque nos haga lamentar las injusticias que se pueda cometer a nuestra costa, suele servir para enseñarnos algo que a veces no acertamos a ver con claridad<sup>14</sup>.

Ramón y Cajal distingue nitidamente el patriotismo del nacionalismo o del chauvinismo, dos males que sufrió en su propia carne en forma de desprecio e inatención hacia su trabajo porque (1981, 41) "Admitiase que España produjera algún artista genial, tal cual poeta melenudo, y gesticulantes danzarines de ambos sexos; pero se reputaba absurda la hipótesis de que surgiera en ella un verdadero hombre de ciencia". Este rechazo se convertía para Ramón y Cajal en indignación cuando era interiorizado<sup>15</sup> por los mismos españoles que aceptaban mansamente nuestra incapacidad para la ciencia y constituía para el Ramón y Cajal maduro un extraordinario estímulo para excitar el celo investigador y el orgullo patriótico de los más jóvenes, de quienes no quisieran resignarse a esa posición insignificante de segundones en el universo internacional de la investigación científica original (2000, 211): "tened a la vista, escritas en gruesos caracteres para que toda distracción sea imposible, esas amargas frases de desprecio, esas palabras de depresiva conmiseración, u esas punzantes ironías con que escritores extranjeros nos han echado mil veces en cara nuestra falta de originalidad y nuestra pretendida incapacidad para la labor científica".

Esa energía positiva del patriotismo es capaz de mover al sacrificio y a la renuncia de una posición social de mayor brillo aparente y mejor remunerada económicamente, y es también eficaz para satisfacer el legítimo egoísmo del orgullo, del anhelo de brillo y de fama. Por estas razones le parece a Ramón y Cajal que el patriotismo es un distintivo del verdadero científico (1981, 56-57): "Las dos grandes pasiones del hombre de ciencia son el orgullo y el patriotismo. Trabajan, sin duda, por amor a la verdad, pero laboran aún más en pro de su prestigio

<sup>14</sup> Ramón y Cajal (1981, 224) "se arrepiente" de ciertos arrebatos suyos (algunos de sus artículos en *El Liberal* (1944, 91[n]) ante la crisis cubana cuando un bibliotecario norteamericano, que se proclama admirador de España, le hace ver que los incendiarios artículos de la prensa española atacando e insultando a los Estados Unidos habían jugado un papel decisivo en que se desencadenase la guerra de 1898: "¡Esos periódicos, —exclamó—, son responsables de la mitad de la culpa de nuestra pasada guerra! ¡Nos provocaron, imprudentemente, calificándonos de *mercachifles*, *choriceros* y *cobardes*!... ¡Telegrafados, traducidos y comentados tan soeces insultos por nuestra Prensa, causaron profunda indignación hasta en los amigos y admiradores de España, entre los cuales tenía yo el gusto de contarme!". Cajal comenta: "¡Qué pena tener que oír tales censuras y tener que reconocer su justicia!".

<sup>15</sup> Ramón y Cajal (1981, 28) recuerda las reticencias con que eran recibidos sus primeros esbozos investigados por algunos colegas: "Con ocasión de estos tímidos ensayos de investigador, llegó a mis oídos una frase desalentadora de algunos profesores: '¡Quién es Ramón y Cajal para juzgar a sabios extranjeros!' ¡Tan en la entraña de nuestra raza había arraigado la convicción de nuestra triste y radical incapacidad para el cultivo de la ciencia!". Sobre esta incompreensión de sus colegas españoles dice Del Río Hortega (1990, 424) que estos eran "reacios a comprender el repertorio de ideas y palabras nuevas ligadas a los nuevos hechos descubiertos por Cajal".

personal o de la soberanía intelectual de su país. Soldado del espíritu, el investigador defiende a su patria con el microscopio, la balanza, la retorta o el telescopio. Por donde, lejos de acoger con agrado y curiosidad la conquista realizada en extrañas tierras, la recibe receloso, como si le trajera insufrible humillación. A menos que el invento sea de tal magnitud y trascendencia industrial que ignorarlo constituyera pecado de lesa patria. ¡Cuántas veces, en mi ya larga carrera, he padecido los desalentadores defectos de tales miserias!... Más adelante, empero, tendré ocasión de elogiar a sabios que, por honrosa excepción, sienten placer en realzar, con trabajos de confirmación y ampliación, el mérito forastero preterido o ignorado. ¡Pero qué raros tan nobles caracteres!..."

Su trato frecuente con científicos eminentes de distintos países y el amplio reconocimiento que alcanzó entre ellos le llevó a comprender que la ciencia acabaría, en cierto modo, por funcionar como una entidad supranacional en la que los lazos personales y el conocimiento mutuo suavizaría enormemente las aristas nacionalistas de las diversas escuelas científicas (1981, 91): "Sólo el trato modera y suaviza las actitudes ariscas del chauvinismo; merced a él, émulos y rivales pertenecientes a países diversos, acaban por comprenderse y estimarse, adquiriendo al fin plena conciencia de que son colaboradores y camaradas en obra magna y común, llena de dificultades y de tenebrosos arcanos"<sup>16</sup>.

De hecho, el disgusto de Ramón y Cajal fue enorme cuando, con motivo de la primera gran guerra, muchos de sus rivales y amigos murieron o debieron abandonar sus trabajos. Por eso le exasperó especialmente esa guerra y rechazó con firmeza las legitimaciones<sup>17</sup> que tendían a ocultar la verdadera causa del conflicto: el nacionalismo y el militarismo en comandita. Refiriéndose a la tertulia del Café Suizo, en la que tomó parte activa durante años, anota (1981, 146): "Allí, en fecha no muy lejana, nos sobrecogió de horror y de abominación, borrando las últimas reliquias del optimismo juvenil, la monstruosa guerra europea, que no fue, como se complacen en propalar espíritus candorosos tocados de *abogadismo* incurable, el conflicto por los mercados ni la pugna entre dos concepciones antitéticas del Estado, sino muy principalmente el fruto amargo del orgullo nacional, el choque inevitable entre oligarquías militares todopoderosas, desvanecidas por la soberbia y codiciosas de gloria y de dominio". Esta constatación no borra ni ensombrece su patriotismo, porque éste le sirve no para la guerra, sino para la *vida buena*. Refiriéndose a esa misma tertulia, a renglón seguido de esa condena absoluta del conflicto bélico, añade: "supimos también elevarnos a menudo sobre las pequeñas miserias de la vida, sentirnos cada vez más humanos y más patriotas, y avanzar algunos pasos por senderos de paz y de amor hacia luminosos ideales..."

---

<sup>16</sup> En (2000, 150) pueden verse sus quejas respecto al chauvinismo de franceses, alemanes e ingleses.

<sup>17</sup> Ramón y Cajal fue siempre muy crítico con las literaturas de exaltación y las apologías guerreras (1972, 103): "hoy los agresores, cuando son fuertes, escriben libros eruditos, repletos de alta filosofía, no sólo para cohonestar sus atropellos e iniquidades, sino para presentarse ante el mundo como una raza superior a la que todo está permitido".

Ramón y Cajal estaba convencido de que la forma de articular el patriotismo es decisiva para determinar la prosperidad de una nación, de una cultura. Por eso se preguntará hacia 1921 (1978, 215-216): "¿Cómo enseñar patriotismo? ¿Cómo conocernos y conocer a los demás? ¿De qué modo sacar a nuestros políticos de esta inmunda charca en que se agitan y se entreddevoran movidos por mezquinos egoísmos? Arduo es el empeño, pero urgentísimo, en estos calamitosos tiempos de nacionalismos e imperialismos exacerbados y de bancarrota de pueblos. Para nosotros (para los españoles), uno de los remedios —lo hemos dicho ya— es proclamar la verdad, por molesta que sea, exponiendo ruda y francamente no sólo en los libros sino hasta en las paredes de las aulas y de los paraninfos, con sus excelencias y méritos, los defectos y fracasos de la raza".

El convencimiento de que el patriotismo puede ser enseñado es esencial al concepto cajalano, pero si a este respecto Ramón y Cajal hubiese podido tener alguna duda, esa certeza se consolidó con motivo de sus visitas a las universidades de Cambridge y de Clarke, con ocasión de recibir sendos reconocimientos a su labor investigadora. Su admiración, no sin espíritu crítico en otros aspectos, hacia el espíritu patriótico de los anglosajones se desborda al evocar un canto hermanado de profesores y alumnos, de ingleses y americanos, tras la cena de homenaje que le rindieron (1981, 222): "todos los comensales ingleses y americanos —pasaban de 100— pusiéronse en pie y, con voz robusta y vibrante, entonaron acordes, primero el himno americano y después el *God save the Queen*. En el silencio y oscuridad de la noche, aquellas estrofas alzadas briosamente de todas las gargantas, sonáronme a sublime cántico religioso. [...] El espectáculo era tan emocionante como instructivo [...] ¿Quién conoce el himno patriótico de la raza hispana?" Más adelante añade, "advertí en qué consiste la decantada superioridad del pueblo anglosajón. Artífices de su grandeza son, ciertamente, la robusta mentalidad y la rectitud y energía de su carácter. Considero, sin embargo, como principales resortes dos cosas totalmente descuidadas en España y en los países de nuestra estirpe: la educación del patriotismo y la inoculación intensiva del espíritu de solidaridad. Ciencia, cultura superior, austeridad administrativa, orgullo ciudadano, heroísmo militar, etc., representan transformaciones de una misma energía primordial: el *amor de la raza*. En los felices países de lengua inglesa aparece el patriotismo como algo espontáneo, profundamente místico, como un fanatismo incontrastable inoculado en la niñez y fortalecido después por la educación política". Esa misión pedagógica encaminada a dotar a los españoles de una nueva conciencia y un nuevo impulso patriótico que nos hiciese capaces de volver a colocarnos en un lugar bien visible entre los estados que promueven la ciencia y la civilización fue su más íntima aspiración (1981, 344): "Mi papel principal ha consistido en fomentar el entusiasmo".

No se trata sólo de una teoría. Ramón y Cajal dio, en numerosas y difíciles ocasiones, ejemplo de fidelidad al patriotismo que predicaba. Haremos una somera mención de las más obvias y en un orden cronológico.

Al poco de terminar la carrera de medicina, Ramón y Cajal se negó a pedir la excedencia como médico militar para evitar ir a Cuba, decisión que, además de que a punto estuvo de



costarle la vida y le provocó dolorosas, largas y complejas secuelas, le valió un sonoro enfrentamiento con su padre<sup>18</sup>; una vez en Cuba se jugó de nuevo la recuperación de su salud, su repatriación y casi la vida por acabar con la intolerable corrupción reinante en el Hospital al que fue destinado.

Con ocasión de su doctorado *honoris causa* de Cambridge anota como rasgo de exquisita cortesía anglosajona que (1981, 155) "sobre el estrado presidencial, ocupado por Lord Kelvin y varias autoridades académicas, flameaban entrelazadas las banderas inglesa y española", y en 1899, poco después de la derrota frente a los Estados Unidos, sólo aceptó, tras diversas vacilaciones y consultas, la invitación para pronunciar una conferencia en la norteamericana Universidad de Clarke pero a condición de que la bandera española ondeara en la Universidad y presidiera el acto en sitio de honor<sup>19</sup>.

La derrota de 1898 le supuso un auténtico parón en su trabajo de investigador, tal fue la conmoción que experimentó entonces y a consecuencia de ello sus investigaciones sobre el intrincado y variadísimo sistema de entrecruzamiento de los nervios ópticos en invertebrados y vertebrados quedaron suspendidas<sup>20</sup>. Como veremos, la reflexión directa sobre la derrota de 1898 le ocupó en varias ocasiones, y vio siempre que la causa de tal desastre se encontraba en la ausencia general de un verdadero espíritu patriótico, lacra moral derivada a su vez de la ignorancia y arrogancia absurda de nuestros políticos, una carencia que, según su análisis, tuvo que ser pagada, como siempre, por el pueblo, por la gente de a pie.

Ya en plena madurez y en la cumbre de su fama, Ramón y Cajal aceptó el nombramiento como director del Instituto Nacional de Higiene Alfonso XIII, cargo que no ambicionaba y que le apartaba del camino investigador que se había trazado, ante la amenaza de que la peste que se había presentado en Portugal pudiera invadir España (1981, 211): "En tales circuns-

---

<sup>18</sup> Ramón y Cajal confiesa (1961, 217), a fuer de sincero, que además del sentimiento del deber patriótico le atraía de marchar a Cuba un algo romántico y aventurero: "Tenaz siempre en mis propósitos, atajé sus razones diciéndole que consideraba vergonzoso desertar de mi deber solicitando la separación del servicio. Cuando termine la campaña será ocasión de seguir sus consejos; por ahora, mi dignidad me ordena compartir la suerte de mis compañeros de guerra y satisfacer la deuda de sangre con mi patria. A fuer de sincero declaro hoy que, además de del austero sentimiento del deber, arrastraronme a Ultramar las visiones luminosas de las novelas leídas, el afán irrefrenable de aventuras peregrinas, el ansia de contemplar, en fin, costumbres y tipos exóticos...".

<sup>19</sup> Según el testimonio aducido por García Durán Muñoz y Julián Sánchez Duarte (Ramón y Cajal 1954, 76).

<sup>20</sup> Así lo cuenta en el libro en que pormenoriza la historia de sus investigaciones (1981, 194-196): "Mi obra científica durante el año de 1898 fue bastante parca y pobre en hechos nuevos. Compréndese fácilmente: fue el año de la funesta y vesánica guerra con los Estados Unidos; guerra preparada por la codicia de nuestros industriales exportadores, la rapacidad de nuestros empleados ultramarinos y el orgullo y cerril egoísmo de nuestros políticos. A ella dieron ocasión, sin duda, defectos hereditarios del carácter nacional, entre otros, un errado sentimiento del honor y cierta puntilliosidad caballeresca excusable en los individuos, absurda y antinacional en los pueblos; pero más que nada nos arrastró a la catástrofe la vergonzosa ignorancia en que vivían nuestros partidos de turno de la magnitud y eficiencia reales de las propias y las ajenas fuerzas. [...] La trágica noticia interrumpió bruscamente mi labor, despertándome a la amarga realidad. Caí en profundo desaliento, ¿Cómo filosofar cuando la patria está en trance de morir?...Y mi flamante teoría de los entrecruzamientos ópticos quedó aplazada *sine die*".

tancias parecióme pusilanimidad antipatriótica declinar un cargo que me imponía graves responsabilidades, y celo y actividad perseverantes".

En otra ocasión, estuvo apunto de dejarse convencer por Segismundo Moret de aceptar la cartera de Instrucción Pública, puesto que el jefe de gobierno quería llevar adelante los planes que el propio Ramón y Cajal le había recomendado; tras muchas vacilaciones acabo negándose a aceptar el cargo y la razón que aduce para ello es la siguiente (1981, 287): "Ante mis compañeros de profesión, y, sobre todo, a los ojos de los políticos de oficio, iba yo a resultar, no un hombre de buena voluntad vencido por las circunstancias, sino un vulgar ambicioso más. Y esto repugnaba a mi conciencia de ciudadano y de patriota".

Las afirmaciones cajalianas sobre el patriotismo no sólo son abundantísimas sino que, en ocasiones resultan realmente sorprendentes por la intensidad afectiva y la importancia conceptual que adquieren en el pensamiento de Ramón y Cajal: en un breve ensayo sobre el Quijote, llega a comparar a Dulcinea como imagen ideal con la Patria porque entiende que sólo ella puede merecer el homenaje de la devoción total (1972, 61): "el eterno amor de Dulcinea..., de esa mujer ideal, cuyo nombre, suave y acariciador, evoca en el alma la sagrada imagen de la patria...".

## El patriotismo como ideal: ciencia y patriotismo

Cuando Ramón y Cajal sistematizó sus consejos a los jóvenes científicos, basados en la reflexión y la experiencia, estableció como condiciones esenciales de la vocación científica y la profesión de investigador las siguientes (2000, 49): "la independencia mental, la curiosidad intelectual, la perseverancia en el trabajo, la religión de la patria y el amor a la gloria".

Esta unión del patriotismo con el ideal de la investigación científica como elemento civilizador es enteramente peculiar en Ramón y Cajal. Independientemente de que, como veremos, fuese de hecho un ardiente defensor de una idea unitaria de España, el patriotismo español de Ramón y Cajal es radicalmente moral y políticamente neutral, puesto que se formula en términos de solidaridad, de virtud ligada al ejercicio de la inteligencia y al fortalecimiento de la voluntad, enteramente ajeno a las razonables disputas que caben en las cuestiones políticas.

Ramón y Cajal considera que poder investigar es, además, un privilegio, porque permite ejercer con plenitud e independencia las mejores cualidades humanas; ello explica que poder dedicarse a esa tarea constituya un motivo de gratitud hacia la sociedad que la promueve y la sufraga soportando costes y sacrificios. La mejor condición de vida del investigador respecto a muchos trabajadores le confiere también obligaciones y responsabilidades adicionales. Conforme con ello, Ramón y Cajal fue siempre un administrador celoso y cuidadosísimo de los fondos que se le asignaban y tuvo siempre presente la obligación de rendir cuentas y de resultar eficaz en el gasto de fondos extraídos de esfuerzos ajenos, del trabajo y el sudor

de obreros, campesinos y empleados. En varias ocasiones se refirió a la sobriedad<sup>21</sup> personal necesaria en el gasto privado e inexcusable con los caudales públicos (1972, 42): "yo he profesado siempre sacrosanto respeto al dinero del contribuyente, y singularmente al del humilde labriego" porque (1972, 75n) "aun sin querer columbro siempre, al través de cada moneda recibida, la faz curtida y sudorosa del campesino quien, en definitiva, sufraga nuestros lujos académicos y científicos".

Ramón y Cajal es consciente de que su promoción del patriotismo como virtud moral e intelectual está expuesta a diversas objeciones y se ocupa en polemizar con alguna de ellas (2000, 65): "Algunos pensadores, Tolstoi entre otros, inspirados en un sentimiento humanitario tan reñido con la realidad como inoportuno en estos tiempos de crueles competencias internacionales, declaran que el patriotismo es sentimiento egoísta, inspirador de guerras incesantes, y destinado a desaparecer, para ceder su lugar al más noble y altruista de la fraternidad universal".

Ramón y Cajal acude entonces a una distinción elemental apoyándose en la máxima *In medio stat virtus*<sup>22</sup>, de modo que procede distinguir entre un patriotismo razonable y la deformación grotesca y patrioter de ese sentimiento, lo que se conoce por *chauvinismo* (2000, 65): "Fuerza es reconocer que la pasión patriótica, exagerada hasta el chauvinismo, crea y sostiene entre las naciones rivalidades y odios hartos peligrosos; pero reducida a prudentes límites y atemperada por la justicia y el respeto debidos a la ciencia y virtud del extranjero, promueve una emulación internacional de bonísima ley, en la cual gana también la causa del progreso, y en definitiva hasta de la Humanidad".

Como, en este pasaje, se dirige a jóvenes científicos, a renglón seguido, les recuerda igualmente que para evitar esos excesos carentes de cualquier legitimación sentimental o intelectual (2000, 65), "son eficacísimos los Congresos científicos internacionales. Porque muchos sabios que en un principio se miraban recelosamente, ya por rivalidad internacional, ya en virtud de la noble y loable envidia aprobada por Cervantes, al ponerse en contacto acaban por conocerse y estimarse".

Si hacemos caso de sus manifestaciones, la verdadera razón que tuvo Ramón y Cajal para publicar su primer manual fue precisamente el patriotismo, la quemazón de comprobar que sus colegas españoles no parecían capaces sino de copiar ciencia, nunca de hacerla, la humillación de tener que reconocer que incluso entre los manuales publicados por españoles no había ni siquiera gráficos y preparaciones originales, de manera que se sintió empujado por (1981, 43): "el patriótico anhelo de que viera la luz en nuestro país un tratado anatómico que

---

<sup>21</sup> La sobriedad se justifica también un tanto ascéticamente en la paz necesaria para el trabajo. Así recuerda su llegada a Madrid ya precedido de una fama poco común (1961, 132): "Según costumbre mía, instáleme modestamente, cual cumple al obrero de la ciencia que siente el *santo horror del déficit*, como decía Echegaray, y sabe que las ideas, a semejanza del nenúfar, florecen solamente en aguas tranquilas".

<sup>22</sup> Se trata del principio que él mismo cita expresamente en alguna ocasión (1944, 35n).

en vez de concretarse a reflejar modestamente la ciencia europea, desarrollara en lo posible doctrina propia, basada en personal investigación. Sentíame avergonzado y dolorido al comprobar que los pocos libros anatómicos e histológicos no traducidos, publicados hasta entonces en España, carecían de grabados originales y ofrecían exclusivamente descripciones servilmente copiadas de las obras extranjeras".

La gloria personal y el patriotismo son para Ramón y Cajal como dos caras de la misma moneda. Respecto a la publicación de la edición francesa de su *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados* anota (1981, 258): "Pero, ante todo y sobre todo, deseaba que mi libro fuera —y perdóneseme la pretensión— el trofeo puesto a los pies de la decaída ciencia nacional y la ofrenda de fervoroso amor rendida por un español a su menospreciado país...".

Más sorprendente resulta, si cabe, su afirmación sobre el malestar que experimentaba al comprobar la suficiencia y la ignorancia de quienes hablaban sin empacho sobre un tema de su predilección como la fotografía (1981, 323): "A la verdad, mi sentimiento patriótico irritábase sobremanera al oír como desbarraban muchos aficionados de cierta cultura (abogados, médicos e ingenieros etc.), en cuanto discurrían sobre las posibles causas de un tono falso en las *autocronas*, o sobre los hechos físicos en que se fundan los diversos métodos tricrómicos".

Ramón y Cajal estaba tan convencido de que cualquier persona decente, cualquier español de bien, tenía que ser sensible a su argumentación con el patriotismo que insiste una y otra vez en emplear ese estímulo, precisamente, para excitar el celo de los investigadores, de los españoles que imagina y desea en un mejor futuro para España. Cree que la verdad dicha con valor fortalecerá ese estímulo y pretende que evitemos los engaños del falso patriotismo que se refugia en glorias del pasado, reales o imaginadas, a guisa de bastón que nos ayude a mantenernos en pie ante un presente oscuro y lamentable. Por eso (2000, 154) advierte que el patriotismo del joven investigador debe ser "ardiente, pero consciente y discursivo: lejos de los candorosos optimismos de ciertos patriotas, o, mejor dicho, *patrioteros*, que con pronunciar cuatro o cinco nombres prestigiosos indígenas creen haber demostrado la colaboración decisiva de su país en la obra de la cultura nacional, nuestro joven siente profundo descontento por la pobreza y mezquindad de dicha contribución, ante los juicios severos, pero en el fondo justos, con que la crítica extranjera flagela la esterilidad de nuestros sabios y filósofos, no responde con frenos patrióticos o jactanciosas promesas, sino afilando sus armas y haciendo resolución de emplear sus bríos en el combate universal contra la Naturaleza".

La exhortación de Ramón y Cajal al patriotismo de los investigadores adquiere tintes dramáticos al constatar, ya en su ancianidad, que (2000, 211) "No bastará para nivelarnos con los países más cultos progresar con el ritmo perezoso de siempre; tan rezagados estamos que será preciso concentrar en breves años la energía productora de siglos". A la vista de la urgencia de la situación (cuando ya su labor había rendido espléndidos frutos personales y de

escuela) decide redoblar la dosis de estímulo patriótico y propone (2000, 211) que "Si para la magna y redentora empresa os faltara valor, rodearos de estímulos poderosos, de esos excitantes morales que caldean el cerebro e hipertrofian el corazón: insultos que provoquen el trabajo iracundo, recuerdos que aviven continuamente el amor a la patria" y continúa recomendando que (2000, 211) "junto a la retorta, la balanza o el microscopio, poned la bandera nacional, que os recuerde continuamente vuestra condición de guerreros (qué función de guerra, y hermosísima y patriótica es arrancar secretos a la Naturaleza con la mira de defender y honrar a la patria)".

Vicente Cacho Viu (1997, 53 y ss.) ha resaltado cómo la generación de Ortega (esos *teen-agers* de 1898 que luego se vieron extrañamente privados de tal motete generacional al hacerse de él usos abundantemente imprecisos), ofreció, bajo el impulso y el liderazgo del filósofo, el ideal de la ciencia como modelo de encontrar una nueva España, esa España que, según la retórica orteguiana, había dejado de existir y que, en palabras del filósofo madrileño (1983, X, 167) era, por tanto, sólo el nombre de algo que hay que hacer, una idea, por cierto, que difícilmente podríamos encontrar en un texto de Ramón y Cajal.

Sin poner en duda el impulso orteguiano, parece difícil considerar que Ramón y Cajal fuese un mero caso aislado, una voz en el desierto, aunque esa haya sido la visión orteguiana del caso *Ramón y Cajal*. Como ya se ha insinuado anteriormente, los historiadores<sup>23</sup> han podido hablar de una "generación de sabios" para referirse a los nacidos en torno a 1850 de los que Ramón y Cajal fue, sin duda, la figura señera (pero no la única).

Parece necesario insistir, por el contrario, en que la obra de Ramón y Cajal fue socialmente eficaz y propuso con más convicción que ninguna otra ese modelo moral de la ciencia para regenerar, por decirlo con términos de Canovas y de Costa que el mismo Ramón y Cajal empleó en más de una ocasión, el clima cultural de España. La escuela de Ramón y Cajal hizo escuela y el hecho de que la guerra del 1936 viniera a interrumpir bruscamente esa tradición (como por lo demás la incipiente tradición orteguiana) no puede ocultarnos su eficacia y su significado.

La moral patriótica de la ciencia que Ramón y Cajal proponía e impulsaba tenía además, un par de notas muy específicas que en buena medida se difuminaron en el mensaje orteguiano posterior. En primer lugar, llamaba al patriotismo por encima de la política, y aunque Ramón y Cajal tuviese sus preferencias, siempre comprendió con claridad que la reforma debía ser de las personas antes que de las instituciones, que esa podía ser una especie de disculpa eterna para dejar de hacer o para seguir haciendo mal lo que sí se podía hacer bien. A este respecto, anota a su vuelta de Göttingen (1981, 97): "De esta rápida excursión por las Universidades extranjeras saqué la convicción profunda de que la superioridad cultural de Alemania, Francia e Italia no estriba en las instituciones docentes, sino en los *hombres*. Lo he dicho ya: los recursos materiales de que disponían sabios insignes parecieronme poco superiores a los nuestros, y en algún caso, notoriamente inferiores".

---

<sup>23</sup> Puede verse al respecto González Blasco, Jiménez Blanco y López Piñero (1979, 84 y 89).

De hecho, cuando Ramón y Cajal se refiere, sin duda que admirativamente, a Ortega (2000, 157) lo sitúa precisamente, en la línea de Costa, como un reformista político y cultural, no como alguien que esté proponiendo la solución de la ciencia: "el exquisito escritor y pensador Ortega y Gasset, quien propone, como condición esencial de la ascensión cultural y ética de España, la plena conciencia de nuestra miseria espiritual y de nuestra corrupción política y administrativa".

La moral de la ciencia entendida al modo orteguiano implicaba de algún modo una reforma de las instituciones y en las vigencias que, al menos nominalmente, tenía más calado que las incitaciones cajalianas a la ejemplaridad, la sobriedad, el orgullo y el esfuerzo personal. Se trataba, desde luego, de una propuesta ambiciosa pero un tanto genérica, un plan ante el que el genio personal de Ramón y Cajal le haría mostrarse siempre un tanto reticente, lo que no le impidió, cuando ya era una figura consagrada, alabar el talante y las propuestas orteguianas.

Ramón y Cajal, en virtud de su individualismo pertinaz, pensaba menos en las soluciones colectivas que en el esfuerzo personal de todos y cada uno, conforme a su convicción de que son las personas, antes que las ideas o los programas de reforma, las que logran alcanzar metas deseables y definen el resultado de un esfuerzo moral. Su convicción de que el remedio debía venir por el esfuerzo y el entusiasmo patriótico era inmovible: en las disculpas habituales de falta de medios o de tiempo no veía sino (2000, 105) "alegatos del *dolce far niente* o disculpas de un patriotismo desmayado", para añadir expresamente a continuación, "fácil será reducir a su cabal valor tales lamentaciones e insistir de pasada en esta verdad capital: para *la obra científica los medios son casi nada y el hombre lo es casi todo*". En éste su breviarío de iniciación a la investigación dejó escrito incluso que (2000, 106): "Las buenas leyes constituyen factores de prosperidad positivos, aunque secundarios".

La segunda diferencia entre la moral del patriotismo científico cajaliano y las sugerencias posteriores depende de la escasa valoración que Ramón y Cajal hacía de la mera palabra, de la ausencia de trabajo empírico y concreto que resultaba endémica en España, "país clásico de la hipérbole y de la dilución aparatosa" (2000, 137) puesto que, añade, "lo primero que se necesita para tratar de asuntos científicos, [...] es tener alguna observación nueva o ideal útil que comunicar a los demás. Nada más ridículo que la pretensión de escribir sin poder aportar a la cuestión ningún positivo esclarecimiento, sin otro estímulo que lucir imaginación calenturienta o hacer gala de erudición pedantesca con datos tomados de segunda o tercera mano".

Se trataba de poner coto a la tendencia a la retórica y a la vaguedad que para Ramón y Cajal malograron los esfuerzos de los institucionistas. La distancia de Ramón y Cajal frente a la *moral científica* de los institucionistas fueron siempre muy claras y se manifiestan con entera nitidez en los comentarios que dedica a la figura de Simarro, un personaje a quien elogió repetidamente, y en el que se inspiró para desarrollar algunas de sus técnicas más revolucionarias, con el que mantuvo buenas relaciones hasta que le separaron de él, a causa de, según nos confiesa (1972, 36), "nuestro brutal y enconado sistema de oposiciones a cátedra; pero también de la adulación". A propósito de Simarro escribió que, aunque éste estaba dotado de un gran talento (1981, 57n), "Desgraciadamente [...] carecía de la perseverancia, la

virtud de los modestos" y que (1972, 36), "Simarro no ha sido apreciado en toda su valía por haberse dejado prender en las redes de la "Institución libre", uno de cuyos cánones sacrosantos consiste en estudiar y no escribir".

Sus juicios sobre Simarro condensan las dos grandes objeciones de Ramón y Cajal a la filosofía de los institucionistas: además de buenas ideas y palabras, hace falta trabajar sin descanso y, además, hay que hacerlo con las cosas más que con los libros.

Aunque tampoco se pueda afirmar que haya una pura linealidad en la relación entre los institucionistas y la obra de Ortega, parece evidente que, entre ambos, se ha establecido una cierta continuidad en la historia intelectual de la España de aquellos años, en virtud de la cual, la moral de la ciencia pasaría de los institucionistas a Ortega y sus proyectos, de manera que Ramón y Cajal vendría a ser una especie de caso aislado como afirma Cacho Viu (1997, 63), que es justamente como, un tanto sesgadamente, tendió a verlo Ortega.

Con el predominio de la nueva generación de la que Ortega fue el líder indiscutible, Cacho Viu (1997, 39) constata que hay una cierta crisis del cientificismo que se nota en el descenso de la influencia institucionista; pero si la aparición de nuevas influencias de doctrinas más vitalistas (Nietzsche, Unamuno en cierto modo, o el propio Ortega), no puede negarse<sup>24</sup>, ver en el descenso de la influencia intelectual de la institución una merma de la moral de la ciencia es olvidar que, al margen de ambas escuelas, de los institucionistas y del vitalismo postpositivista de los orteguianos, Ramón y Cajal fue el verdadero y eficaz promotor de la moral de la ciencia.

Ramón y Cajal veía en la ciencia un medio de reformar España, de salvarla para una nueva grandeza mediante la disciplina y el esfuerzo de la ciencia; se trata de cambiar entre todos una España que, según afirma taxativamente (2000, 14) no es verdad que haya degenerado, pero que sí está sin educar, y se propuso ser el promotor eficaz y ejemplar de ese patriotismo científico.

Las obvias diferencias entre el diagnóstico de Unamuno y el de Ortega<sup>25</sup>, a las que Cacho (1997, 43) se ha referido hablando de la "excentricidad" de Unamuno frente a la moral de la ciencia, no impidieron que Ramón y Cajal<sup>26</sup> le escribiera a Unamuno para reconocerle que coincidía esencialmente con él (advirtiéndole, únicamente, que "sólo hay una ciencia"): "Puede que en algunos puntos secundarios haya divergencias entre las ideas de usted y las mías sobre el plan de elevación intelectual de España; pero creo que en lo esencial coincidimos. Trabajamos en campos diferentes y por eso nos impresiona más aquella parte o sector de decadencia y atraso situado cerca de nosotros, o en la corriente de nuestros gustos. Somos, en fin, *diversos* pero complementarios. Lo mucho y exquisito que dice usted en su libro *Mi religión* (que por desgracia leí después de redactar mi libro) lo suscribo casi por ente-

---

<sup>24</sup> Aunque en definitiva, como dice Cacho (1997, 68), "Taine prevalezca al fin sobre Nietzsche".

<sup>25</sup> Puede verse al respecto Cacho Viu (1997, 69).

<sup>26</sup> Carta a Miguel de Unamuno, como Director del laboratorio de investigaciones biológicas de 26 de marzo de 1913, publicada por Durán Muñoz, García y Sánchez Duarte, Julián (1983 b, pp. 282-283).

ro. Creo que España debe desarrollar su ingenio propio, en arte, en literatura, en filosofía hasta en el modo de considerar la vida, pero en ciencia debemos *internacionalizarnos*. Hay escuelas filosóficas, literarias, artísticas, políticas; pero sólo hay una ciencia, la cultivada desde Galileo a Pasteur y Claudio Bernard. Todo nos urge, pero nos urge sobre todo la ciencia que es de lo que vamos peor. Y si por este lado no completamos nuestro patrimonio espiritual, corremos grave riesgo de ser expropiados como nación y aniquilados como raza. Es preciso, en suma, ser completos para ser respetados".

## España, su historia y su futuro

La idea que Ramón y Cajal se hace de la historia de España está muy influida por Cánovas, Mallada, Costa, por los regeneracionistas: "Las teorías de Canovas y de Costa son hoy doctrina inconcusa. Naciones desangradas y empobrecidas por guerras inútiles, emigraciones continuas y exacciones agotadoras no suelen sentir ansias de cultura superior. Harto hacen con vegetar oscuramente y conservar incólume la semilla de la raza" (2000, 173).

Pero esa explicación, por llamarlo de alguna manera, de "los males de la patria" no constituía, de ningún modo, para Ramón y Cajal una disculpa, un permiso para continuar en lo que estaba mal hecho. Lo que Ramón y Cajal apreciaba en esa manera de ver nuestra insignificancia del presente es que las razones aducidas para explicar la postración española hacían perfectamente imaginable y posible que el futuro pudiera ser distinto, no impedían que los males pudiesen tener remedio: al no tratarse de explicaciones esencialistas sino de análisis que, a su modo de ver, estaban pegados al terreno, presentaban *in noce* un proyecto de solución.

Su amor a España pasaba por reconocer los errores y las vergüenzas, para hacer posible cambiar el estado de cosas. Las teorías que hacían recaer en algún factor esencial (o que se tuviese por tal, como el supuesto factor religioso<sup>27</sup>) el atraso científico y el marasmo político de España le parecían falsas disculpas, le irritaban; no creía que hubiese un factor idiosincrásico o ideológico dominante, sino que, por tanto, de todas partes podían venir los esfuerzos para solucionar nuestras carencias y evitar en el futuro nuestros errores históricos y por eso apoyaba sin vacilar a cualquiera que estuviese haciendo bien las cosas, fuese republicano o monárquico, conservador o socialista.

Toda su vida insistió en que las cosas tenían remedio, en que nuestros mayores enemigos (1981, 279) éramos nosotros mismos, que haciendo las cosas bien (2000, 210) "el sol de la

<sup>27</sup> Admitiendo que el factor religioso había podido coadyuvar al atraso de España, añade muy significativamente (2000, 176) "Pero aun reconociendo y proclamando todo esto, pensamos sinceramente que la hipótesis del fanatismo religioso es, en el terreno histórico, notoriamente exagerada, y en el terreno práctico, peligrosísima para las esperanzas puestas en el resurgimiento de España y en los altos destinos de la raza".



gloria acariciará todavía nuestra mustia bandera, no tan escarnecida por los extraños como por nosotros". Como buen médico creía que teníamos cura y del mismo modo que comprobó a sus expensas cuando era un chaval que el frío por sí mismo, por intenso y doloroso que fuese, no era causa de ninguna infección, se empeñó en comprobar que el atraso científico no era nada consustancial con nosotros y, desde luego, salió enteramente convencido de la prueba. Su modestia proverbial cuando ya era una figura legendaria ("¡nuestro héroe!"), tenía, por tanto, además del fundamento de su personalidad y de su moral, una función claramente pedagógica: no fueran a creer sus compatriotas que lo que había logrado él no lo podría lograr otro español cualquiera, eso sí, que estuviese dispuesto a trabajar y esforzarse tanto como él lo hizo.

Los males españoles que fustiga Ramón y Cajal son mayoritariamente intelectuales y siempre individuales o individualmente corregibles: la pereza, la ignorancia, la afición desmedida a la hipérbola, la falta de ambición teórica, la corrupción, las trampas, la manía de imitar, la verborrea, la cortedad de miras, la *lentitud*<sup>28</sup>, el *abogadismo* y el *financierismo*, como el gusto llamarlos.

La corrupción, que Ramón y Cajal no disimula cuando la encuentra, no es nada distinto a un conjunto de errores personales, es un mal que puede ser erradicado con el ejemplo y la perseverancia en la conducta recta, un crimen que cometen unos pocos y que pagamos todos (1961, 251): "¡Oh nuestros inveterados abusos administrativos, y cuán caros los ha pagado la pobre España, siempre esquilmada, siempre sangrante y siempre perdonando y olvidando!".

El espíritu de escalafón y gandulería está para Ramón y Cajal espantosamente extendido entre los españoles que aprenden a vivir una vida de burocracia y tertulia simpática pero enteramente improductiva e intelectualmente detestable. Con un texto vivísimo, que desgraciadamente sigue teniendo no poca actualidad, nos explica Ramón y Cajal las razones de su apartamiento de una tertulia de médicos militares en el *Café Levante* (1981, 143): "Entre estos simpáticos compañeros, reinaba franqueza fraternal, y a ratos su conversación era viva, chispeante e instructiva. Pero un hado adverso nos perseguía: casi todos los días, fatal, irremediablemente, los comentarios derivaban hacia la murmuración contra los superiores jerárquicos o hacia el escalafón de Sanidad Militar; ese escalafón maldito, destructor de todo estímulo noble y de toda ambición generosa, rémora de la justicia, asilo a la gandulería y una de las mayores calamidades que padecemos en España. ¡El mal carecía de remedio! Aquellos beneméritos compañeros, no exentos ciertamente de talento, aunque petrificados por la ociosa vida de campamentos, cuarteles y casinos, sólo leían la *Gaceta* y el *Boletín de Sanidad*".

<sup>28</sup> (1961, 212): "Gracián decía: 'los españoles son valientes pero lentos'. Por algo la reconquista se prolongó siete siglos, y nuestras guerras civiles duraron siempre seis o siete años. ¡Felices los países en los que la diligencia es una de las formas de la honradez patriótica! Para cada general dinámico a lo Espartero, Córdoba y Martínez Campos, hemos contado con docenas de tardigrados con batín. ¡Oh santa pereza musa de nuestros políticos y soldados!... Si al menos hubiéramos logrado propagar nuestra 'enfermedad del sueño' a los extranjeros...".

Una de las pocas veces en que Ramón y Cajal se deja llevar del pesimismo es cuando diagnostica que será imposible aplicar en España alguna de las recetas que son corrientes en Göttingen y a las que cabe atribuir en parte el buen funcionamiento de la universidad alemana (1981, 95): "¡Supresión de exámenes, autonomía universitaria, retribución por los alumnos, ingreso sin oposición y sin concurso y, frecuentemente, por una especie de contrata!... He aquí un conjunto de reformas que, aplicadas a España, país clásico de la rutina y el favoritismo, nos harían retroceder antes de diez años al estado salvaje".

Ya en su vejez, Ramón y Cajal advierte que esta desidia de los españoles con los bienes comunes no se ha corregido tanto como sería deseable (1961, 245): "¡Cuán desconsolador para un corazón de patriota es, después de cuarenta y nueve años, reconocer que todavía buena parte de nuestros militares, empleados y hasta próceres políticos siguen entregados al saqueo del Estado! Y es que para muchos españoles el Estado es pura entelequia, vacío de razón. Estafarle equivale a no estafar a nadie. ¡Singular paradoja creer que no se roba a nadie cuando se roba a todos!... Perdido el sentimiento religioso, que antaño contuvo algo inveteradas codicias, no hemos sabido sustituirlo con el patriotismo, la religión fuerte y moralizadora de las naciones poderosas". Precisamente en su obra más popular insiste con un sumario de este argumento (*Charlas de café. Pensamientos, anécdotas y confidencias*, 1978, 208): "Nada más fácil que diferenciar en el orden político un inglés de un español. El primero cree que su primordial deber es mantener el Estado; mientras que el segundo cree que el Estado debe mantenerle a él".

Lo más *irrevocable* que Ramón y Cajal admite entre las causas de la decadencia española tiene un aire, inevitablemente biológico: afirma (1961, 224) que es probable que haya sido un error "para la prosperidad económica de la América española el no haber desde el principio aprovechado preferentemente para la empresa colonizadora nuestras fuertes razas del Norte, laboriosas, económicas y desbordantes de natalidad, en lugar de recurrir predilectamente a la gente extremeña y andaluza, inteligente, generosa y capaz de todos los heroísmos, según acredita la Historia, pero de inferior aptitud para las fecundas luchas del comercio y la industria". En cualquier caso, se trata de un mal empleo de los recursos humanos, como ahora diríamos, que, evidentemente puede remediarse.

Los males y debilidades de la patria no le llevan al abandono o al desdén, sino a un amor mayor. Citando a Renan (que está bajo el influjo de la derrota francesa frente a los alemanes en 1870) escribe (2000, 209): "El dolor mismo nos será útil, porque el dolor es el gran educador de almas y creador de energías. Para los que aman a la patria, las desdichas representan un lazo moral más. Como dice elocuentemente Renán, 'la patria está formada por los que han sufrido juntos, porque el dolor común une más que la alegría'. Sólo de corazones ingratos y de espíritus innobles es abandonar a la patria en días de luto y de amargura. Al contrario, las almas bien nacidas deben medir el amor a los suyos por la grandeza de sus desgracias. Y la patria es tanto el terruño como la historia, tanto los presentes como los venideros, lo mismo nuestras glorias que nuestros dolores. El buen patriota debe llenar su cora-

zón con un sentimiento de sublime paternidad a todos sus conciudadanos, de una inmensa y efusiva caridad que alcance hasta a los venideros".

El dolor tiene que transformarse en energía positiva, en búsqueda de remedio eficaz, porque (2000, 208) "no es hora ya de filosofar sobre las causas de nuestra caída, sino de levantarnos lo más rápidamente posible".

Como buen científico, Ramón y Cajal piensa que decirnos la verdad es la primera de las condiciones para encontrar la solución con tal de que no nos haga caer en la inacción o nos vuelva rehenes del pesimismo. Ramón y Cajal fue duro y taxativo cuando tuvo que criticar incluso a quienes admiraba y había elogiado en otros momentos.

La derrota de 1898 frente a los Estados Unidos fue un aldabonazo en la conciencia de todos, pero Ramón y Cajal no cambió su manera de pensar, se confirmó en su diagnóstico y redobló los esfuerzos para convencer a todos de la necesidad de salir adelante, de no perder más el tiempo en inútiles batallas y querellas, en susceptibilidades y orgullos mal entendidos, para poner mano a las reformas que fueran necesarias sin asustarse por las enormidades que hubiera que acometer. Alguien tan poco sospechoso de hostilidad hacia el ejército como él, subraya Núñez Florencio (1990, 332), no se recató de recomendar, por ejemplo, que se destinase a instrucción pública lo que se venía gastando inútilmente en Guerra y Marina (1972, 115).

Ramón y Cajal interpretó la derrota cubana, como muchos de sus contemporáneos, como una consecuencia inevitable del desconocimiento de la realidad de los políticos y de los errores (y crímenes) cometidos por los militares<sup>29</sup> durante la larga lucha cubana, un tema que él había conocido de primera mano. En sus primeras memorias reprocha a políticos que admira su falta de conocimiento del caso (1961, 239): "Con una falta de cordura incomprensible en preclaros talentos, hombres como Castelar y Cánovas pensaban que Cuba —esa Cuba que nos aborrecía y cuya independencia anhelada por América entera, era inevitable— valía la pena de sacrificarle España. La frase efectista del célebre estadista conservador, 'hasta el último hombre y hasta la última peseta', ha pasado a la historia como testimonio elocuente de cómo en España puede llegarse al pináculo del Poder sin conocer de cerca la causa de nuestras discordias (que yo sepa ningún gobernante español de entonces visitó a Cuba ni América del Norte)"<sup>30</sup>. Esa afición al efectismo, a la retórica, al disimulo, ese intento de ocultar la realidad tras meros gestos le parece ridículo y trágico, un defecto genuino y exclusivamente español (1978, 210): " Sólo en la desventurada España. Según se ha repetido hasta la saciedad, se da la monstruosa paradoja de galardonar con ascensos las derrotas, imprevisiones e insensateces de los próceres de la política o de la milicia".

---

<sup>29</sup> (1961, 239): "¡Asombra e indigna reconocer la ofuscación y terquedad de nuestros generales y gobernantes y la increíble insensibilidad con que en todas épocas se ha derrochado la sangre del pueblo!".

<sup>30</sup> El reproche tal vez no sea del todo exacto porque Canalejas había viajado expresamente a conocer la situación sobre el terreno y volvió convencido de que de no evitarse la guerra el desastre sería colosal, pero no hubo ni el patriotismo ni la energía suficiente como para arrostrar los costes políticos de evitar la guerra y se prefirió el gesto torero y gallardo de ir a un enfrentamiento absurdo y sin sentido.

Ramón y Cajal subraya no la obvia diferencia de fuerza con los Estados Unidos, sino la falta de habilidad, el no haber sabido sacar provecho de las propias oportunidades, el haber desbaratado un patrimonio heredado, el no haber sido capaces de defender un proyecto viable y realista practicando, a ejemplo de otras naciones<sup>31</sup>, una política inteligente, previsor y patriótica sin dejarse llevar por la vanidad mal entendida (2000, 216) y por las puntillidades variopintas en las que caímos como consecuencia de nuestro deficiente y poco entrenado sentido de la realidad. Cajal piensa que lo malo no estuvo en ser débiles, sino en serlo e ignorarlo (1981, 194), pero lamenta aún más la crueldad y la mezquindad. En resumen, (1961, 241): "Caímos porque no supimos ser ni generosos ni justos".

Esa conjunción de debilidad intelectual y de falta de grandeza moral es lo que han de combatir los patriotas para enderezar el futuro de España. Se trata de una reforma moral en el único plano en el que las tales son posibles y una reforma que debe predicarse con la palabra y, sobre todo, con el ejemplo. Para concretar sus consejos no duda en repetir las palabras del mismo estadista al que reprochó su efectismo en el tema cubano (2000, 171): "Y apuntando remedios, nos dice Canovas: 'Trabajad, inventad, economizad sin tregua; no contraigáis más deudas; no pretendáis tanto adquirir como conservar; no fiéis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna...; que vuestro patriotismo sea, en fin, callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable'".

A Ramón y Cajal le parece obvio que la recuperación para España de un primer plano en la historia debe comenzar por una reforma de la educación porque (1981, 343) "vivimos en un país en el que el talento científico se desconoce a sí mismo" y es deber de los maestros corregir esta anomalía. De hecho, puesto que la "media ciencia" ha sido la causa de nuestra ruina (1972, 114), el remedio debe venir de abandonar lo que llamó "el prurito simiesco de la imitación" (1944, 50). Eso se consigue desterrando la admiración a los que se empeñen en practicar una "ciencia muerta" de "sutilezas escolásticas, de los transportes de la mística y de los juegos del conceptismo y culteranismo" (2000, 184) un tipo de sedicente saber (2000, 185-186) "esencialmente formal, la ciencia de los libros, donde todo parece definitivo (cuando nuestro saber hállese en perpetuo *devenir*), e ignoraron la *ciencia viva* dinámica, en flujo y reflujos perennes, que sólo se aprende conviviendo con los grandes investigadores, respirando esa atmósfera de sano escepticismo, de sugestión directa, de imitación y de impulsión sin las cuales las mejores aptitudes se petrifican en la rutinaria labor del repetidor o del comentarista".

<sup>31</sup> (1961, 240): "Harto más hábiles fueron, en conflictos semejantes, otras naciones. Recuérdese a Portugal y Holanda conservando sus colonias no obstante las codicias de naciones poderosas. ¡Cuánto desconsuela reconocer que la rectificación a tiempo de nuestras normas políticas, en orden al régimen de las posesiones en Asia y América, hubieran mantenido sin mermas el glorioso patrimonio de nuestros mayores! Al rectificar nuestra conducta, nada teníamos que inventar. Bastaba con imitar a Inglaterra, la maestra insuperable en las artes de la política, siempre atenta a las enseñanzas de la realidad".

Este ensimismamiento nefasto en el que ha vivido España, el alejamiento de Europa y el desconocimiento de su espíritu científico y renovador, debería remediarse de manera inmediata y por eso Ramón y Cajal se aprestó a favorecer los planes en este sentido y a presidir incluso el organismo encargado de promover esas salidas al exterior. Ramón y Cajal concedía gran importancia a esta renovación espiritual que veía permanentemente en peligro dadas nuestras tradiciones académicas<sup>32</sup>. Ya muy cerca de su muerte insistía en su llamamiento a los profesores para que estuvieran a la altura de lo que España necesita (1944, 211): "Inculcadles, sobre todo, los métodos de estudio, el arte de pensar por cuenta propia, las ideas prácticas, los principios fecundos y luminosos a cuya aplicación se deben las invenciones industriales y descubrimientos científicos".

Ese idealismo que nos falta, en tantos terrenos, debía fijarse, en primer lugar, en el culto a la patria (1944, 99): "Nos falta el culto de la patria grande. Si España estuviera poblada de franceses e italianos, alemanes o britanos, mis alarmas por el porvenir de España se disiparían".

La preocupación política de Ramón y Cajal fue profunda y constante, ajena a cualquier sectarismo, empeñada en enseñar la convivencia. Es muy llamativa, por ejemplo, su amplitud de miras completamente ajena a cierto maniqueísmo ideológico o político con el que muchos españoles (progresistas o conservadores) han creído y creen necesario adornarse: lo mismo elogia a Giner de los Ríos que a Menéndez Pelayo, al Rey que al presidente de la República, a Balmes que a Unamuno.

Su españolismo era indudable (1972, 47): "Soy, y ése es mi orgullo, español; español que cifra su amor en España". Su crítica a los errores que afeaban la faz de la patria fue constante, dura, profunda. Al final de su vida contemplaba, con enorme inquietud, lo que le parecían, lisa y llanamente, intentos de separación y de ruptura de la unidad española a cargo de políticos vascos y catalanes y de otros políticos, que le parecían irresponsables, que les dejaban hacer. Su memorial de agravios en este terreno es extenso y se explica porque a lo largo de su vida pudo asistir al nacimiento de ese fenómeno que le dejaba estupefacto y que le parecía una mezcla de ingratitud<sup>33</sup>, ignorancia histórica<sup>34</sup> y de cobardía desleal.

---

<sup>32</sup> (2000, 138): "de este pecado capital adolecen, por desgracia, muchas de nuestras oraciones académicas; numerosas tesis de doctorados, y aún no pocos artículos de nuestras revistas profesionales, parecen hechos no con ánimo de aportar luz a un asunto, sino de lucir la facundia y salir de cualquier modo, y cuanto más tarde mejor (porque, eso sí, lo que no va en doctrina va en 'latitud'), del arduo compromiso de escribir, sin haberse tomado el trabajo de pensar. Nótese cuánto abundan los discursos encabezados con estos títulos, que parecen inventados por la pereza misma: 'Idea general de... en introducción al estudio de...', 'Consideraciones generales acerca de...', 'Juicio crítico de las teorías de...', 'Importancia de la ciencia tal o cual...', títulos que dan al escritor la incomparable ventaja de esquivar la consulta bibliográfica, despachándose a su gusto en la materia, sin obligarse a tratar a fondo y seriamente cosa alguna".

<sup>33</sup> (1944, 96): "¡Cuánta ingratitud tendenciosa alberga el alma primitiva y sugestionable de los secuaces del vacuo y jactancioso Sabino Arana".

<sup>34</sup> (1944, 96): "No me explico este desafecto a España de Cataluña y Vasconia. Si recordaran la Historia y juzgaran imparcialmente a los castellanos, caerían en la cuenta de que su despego carece de fundamento moral, ni cabe explicarlo por motivos utilitarios".

Precisamente le preocupaba a Ramón y Cajal una correcta enseñanza de la historia, limpia de mentiras y de falsas glorias, una historia que pudiese ser estímulo de nuevas empresas (1972, 113): "Se necesita volver a escribir la historia de España para limpiarla de todas esas exageraciones con que se agiganta a los ojos de niño el valor y la virtud de la raza".

Por raros que hoy suenen sus dictámenes sobre la unidad de España y la traición de vascos y catalanes, ese era el sentimiento profundo de Ramón y Cajal y, hay que suponer, de otros muchos españoles. Algunos de sus puntos de vista gozan hoy todavía de plena vigencia, como por ejemplo su elogio a los heroicos liberales vascos que luchan en lo que él consideraba un "feudo vaticanista" (1944, 98n) "esos grupos heroicos de demócratas liberales vasconavarros que luchan briosamente contra la superstición y la tiranía intolerables de los caciques".

Su sentimiento favorable a la unidad estaba presidido por la doble convicción de que era consecuencia, desleal en todo caso, de la decadencia española (un asunto remediable, como es obvio, para él) y de que, de no ponerle fin, la aceleraría hasta lograr la destrucción de España, un pronóstico en el que, afortunadamente y, al menos por el momento, se equivocó<sup>35</sup>. Por eso su empeño en reunir, en unificar, en armonizar, por decirlo en sus propias palabras (1944, 99): "Es menester imponer la unidad moral de la península, fundir las disonancias y estridores espirituales en una sinfonía grandiosa. Más para ello hace falta el *cirujano de hierro* de que hablaba Costa".

Le llamaban la atención tanto la frialdad de los viejos partidos como la indiferencia de los nuevos y era consciente de que su patriotismo empezaba a ser considerado por estos una reliquia del pasado una "antigualla burguesa" (1944, 35).

Sus temores no eran ideológicos, sino patrióticos, españoles (1944, 12-13): "No es que me asusten los cambios de régimen, por radicales que sean, pero me es imposible transigir con sentimientos que desembocarán andando el tiempo, si Dios no hace un milagro, en la desintegración de la patria y en la repartición del territorio nacional. Semejante movimiento centrífugo, en momentos en que todas las naciones se recogen en sí mismas unificando vigorosamente sus regiones y creando poderes personales omnipotentes, me parece simplemente suicida. En este respecto, acaso me he mostrado excesivamente apasionado. Sírvame de excusa la viveza de mis convicciones españolistas, que no veo suficientemente compartidas ni por las sectas políticas más avanzadas, ni por los afiliados más vehementes a los partidos históricos".

En sus primeras memorias recuerda el cariño y la hermandad en que fue recibido en tierras catalanas cuando tomó parte en alguna expedición de la guerra carlista (1961, 216) y anota: "¡Entonces los laboriosos catalanes amaban a España y a sus soldados!... Después... no quiero saber por culpa de quién, las cosas parecen haber cambiado".

<sup>35</sup> (1944, 98n): "es obvio que tarde o temprano, lograrán los nacionalistas sus propósitos secesionistas, dado que cuentan con imponente mayoría en los comicios y la borreguil paciencia de los españoles unitarios".

Ramón y Cajal considera que (1944, 94n) "El movimiento desintegrador surgió en 1900 y tuvo por causa principal, aunque no exclusiva, con relación a Cataluña, la pérdida irreparable del espléndido mercado colonial. En cuanto a los vascos, proceden por imitación gregaria. Resignémonos los idealistas impenitentes a soslayar las raíces raciales o incompatibilidades ideológicas profundas (que no niego en absoluto) para contraernos a motivos prosaicos y circunstanciales".

En su tercer libro autobiográfico esbozó una propuesta para afrontar esta amenaza separatista: sus sugerencias fueron muy matizadas, reconociendo que en ellas pesaban más la experiencia y el pesimismo del anciano que sus verdaderos sentimientos. Afirmó que si le preguntaran que haría él ante esa deriva secesionista, henchido de patriotismo exasperado (1944, 101), "contestaría sin vacilar: 'la reconquista *manu militari*, y cueste lo que cueste'. Propondría la máxima de Gracián, (*contra malicia milicia*). Pero en los tiempos aciagos en que vivimos, dos guerras civiles equivaldrían a la bancarrota irremediable de España y a la consiguiente intervención militar extranjera. Además una guerra suscita automáticamente nuevos conflictos bélicos. Fuerza es convenir que la fuerza, aplicada a las pugnas intestinas de un país, no resuelve nada. Encontraría las antipatías y cerraría el paso a soluciones de cordial convivencia. En trance de *balcanización* inminente [...] yo, si me asistiera el talento político y fuera diputado a Cortes, propondría pura y simplemente *la separación de las regiones rebeldes*; separación amistosa y hasta acompañada de algunas compensaciones fiscales".

Ramón y Cajal amaba la unión de los españoles, anhelaba un nuevo pasaje de esplendor, pero ese amor no le hace perder el sentido común que dicta no estar uncido a quienes no quieren tirar del carro. Parece claro que en esa solución tan pragmática y tan a contra sentir ha debido verse influida poderosamente por el buen sentido de lo que le dijo un alto dignatario sueco al que, con ocasión de su viaje a Estocolmo para recibir el Premio Nobel en 1906, le manifestó la sorpresa con la que se había acogido en España la separación pacífica de Noruega (1981, 284): "el amable interlocutor en vez de deplorar amargamente el hecho, según yo presumía, limitóse a contestar con la sonrisa en los labios: Tontos de remate hubiéramos sido si, por mantener por la fuerza nuestra unión con el vecino país, hubiéramos desnivelado nuestro presupuesto en superávit, y suspendido la triunfadora campaña emprendida en pro de la cultura general y contra el alcoholismo".

Su patriotismo era extensivo a todos los hispanohablantes a esas repúblicas americanas en las que veía reproducirse nuestros talentos y nuestras lacras, era, como ya hemos dicho, un patriotismo de cultura antes que de nacionalidad, por fuerte que fuese su amor por la patria española. Su esperanza estaba en que ese ancho mundo se articulase de un modo razonable, que se apoyase en su unidad de origen para fortalecerse y engrandecerse, una esperanza inspirada en el amor, nunca en el odio (1972, 142): "fue el amor quien templó y enardeció mi voluntad y adiestró mis manos; pero un amor puro, fervoroso y santo, que todos los españoles debiéramos sentir, transportados de emoción, como sentimos el amor sagrado de la madre. Aludo —harto lo adivináis— al rendimiento y adoración fanáticos a la patria y a la

raza, tantas veces tildadas injustamente [...] de incapaces para las altas empresas de la ciencia".

La pérdida de los últimos vestigios del imperio español a consecuencia de una derrota militar dolorosa y humillante le parecía también una oportunidad para apuntalar el patriotismo más necesario, el de la inteligencia, el de la civilización y la ciencia (1972, 135): "En estos últimos luctuosos tiempos la patria se ha achicado; pero vosotros debéis decir: *A patria chica, alma grande*. El territorio de España ha menguado; juremos todos dilatar su geografía moral e intelectual".

En 1905, con motivo del tercer centenario de la publicación del Quijote, Ramón y Cajal, que tras los doctorados, medallas y reconocimientos de los extranjeros ya era un emblema vivo de lo mejor de España, ahondó en el significado de una figura muy unida a las imágenes de lo español y reflexionó pormenorizadamente (antes que lo hiciera Ortega y tal vez sin haber leído a Unamuno) sobre el valor de la obra cervantina para entender la vida humana y, sobre todo, para la comprensión de la historia y la sociedad española.

Su idea de fondo es que son necesarios tanto Sancho como el caballero andante, pero que es necesario que predomine la soberbia figura moral del idealista, sobre la tendencia más a ras del suelo del escudero. Ramón y Cajal piensa que no han escaseado en el pasado los Quijotes que fueron a América y levantaron un imperio, pero que la sumisión de España a los designios de las dinastías extranjeras<sup>36</sup> nos ha llenado el país de Sanchos que ya ni siquiera conocen el refranero. Como Unamuno, pues, recomienda una requijotización de España, pero sin ser sandíamente quijotista (un calificativo que a veces se aplicó a sí mismo) (1972, 64): "Aunque nos duela en el alma reconocerlo, es fuerza reconocer y declarar que a España, fuera de sus épocas más gloriosas, si le sobraron los Sanchos, le faltaron a menudo los Quijotes".

Vista la intensidad y consistencia del patriotismo cajaliano cabe pensar que, lejos de ser extraño, como se ha subrayado tantas veces<sup>37,38</sup>, que una figura de su categoría haya podido surgir en una España aislada, atrasada, con una tradición científica poco brillante, tal vez

<sup>36</sup> (2000, 185 [n 10]): "estoy muy cerca de pensar que la independencia española acabó prácticamente con los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros. Después, con excepción de algunos períodos de cordura patriótica, fuimos a remolque de las ambiciones dinásticas y de las codicias de monarcas que recibían a menudo el santo y seña de las cortes extranjeras".

<sup>37</sup> Por ejemplo Eccles (1970, 136) dice: "Ramón y Cajal, who late last century in Spain (which was completely unfavourable) and with practically no support at all, became the world's greatest neuroatomist, building up a world famous school and making a magnificent scientific contribution that to this day we are still so much dependent upon. There has so far only been one Ramón y Cajal in the sciences of the nervous system. He exemplifies a very rare phenomenon; the high level of scientific performance that can be achieved by a genius under unfavourable conditions".

<sup>38</sup> Pio del Río Hortega (1990, 424) afirma que los investigadores extranjeros experimentaban una dificultad grande en aceptar "lo que para ellos pudiera ser una revelación más asombrosa, por lo insólita e inesperada, que los propios descubrimientos del brioso investigador: la de que un español acertase a plantear y a resolver mejor que nadie los más arduos problemas neurológicos de la época".



no sea enteramente absurdo afirmar que la obra de Ramón y Cajal sólo pudo ser hecha por un español, por alguien poseído de un inmenso deseo de fortuna científica, de gloria personal, por alguien corroído como él lo estuvo del injusto pero motivado<sup>39</sup> sentimiento de inferioridad que debía acompañar a cualquier español a consecuencia de nuestra incultura científica, de nuestro rutinario discurrir sobre meras palabras, de nuestro atraso ensimismado por siglos de mirar atrás en lugar de mirar hacia delante. Cabe conjeturar que un Ramón y Cajal alemán o francés podría haber realizado parte de los descubrimientos cajalianos (difícilmente todos, en cualquier caso<sup>40</sup>) pero no se habría extenuado sobre el microscopio, tal vez no se habría atrevido a romper las aguas tranquilas del consenso reticularista o habría renunciado, como lo hicieron en algún momento (1981, 265) otros tan destacados como su admirado Van Gehuchten y el propio Waldeyer (quien introdujo el término neurona), a la larga y singular batalla que se libró en torno a esa decisiva cuestión en la que la razón le acabó asistiendo al ciento por ciento. Fue, en todo caso, un español quien lo hizo y la gloria le acompañará para siempre.

Sus compatriotas debemos preguntarnos, para ser dignos de él, que hay detrás de la afirmación de Ochoa (1981, 14): "Es difícil comprender cómo teniendo España un hombre de esa naturaleza, con la escuela que él creó, no haya tenido más fuerza y haya arraigado más en este país el deseo de hacer investigación científica. Es muy difícil de entender y yo nunca me lo he conseguido explicar".

Tal vez la respuesta se encuentre también en palabras de Ramón y Cajal (2000, 106, [n1]): "Existen actualmente (en 1923) laboratorios en España tan suntuosamente dotados que los envidian los sabios más grandes del extranjero. Y, sin embargo, en aquellos se produce poco o nada. Es que nuestros ministros y corporaciones docentes se han olvidado de dos cosas importantes: que no basta declararse investigador para serlo y que los descubrimientos los hacen los hombres y no los aparatos científicos y las copiosas bibliotecas".

## Bibliografía

- Albarracín Teulón, Agustín (1982): *Ramón y Cajal o la pasión de España*, Labor, Barcelona.
- Baratas, Alfredo y Santesmases, María Jesús (2001): *Ramón y Cajal, Ochoa, Nobeles españoles de la neurona al ADN*, Nivola, Madrid.
- Cacho Víu, Vicente (1997): *Repensar el noventa y ocho*, Biblioteca Nueva, Madrid.

---

<sup>39</sup> (1981, 219n): "Creo sinceramente que somos calumniados; pero creo también que españoles, portugueses e hispanoamericanos, con nuestras grotescas asonadas y pronunciamientos, nuestro desdén por la ciencia y las grandes iniciativas industriales —que sólo prosperan cuando se apoyan en descubrimientos científicos originales— nuestra secular ausencia de solidaridad política (rodeados de naciones de fuerza poderosísima y unificadas vivimos fragmentados en 21 estados que se miran con recelo o se odian cordialmente) hacemos cuanto es posible para justificar el desprecio y la codicia de las grandes nacionalidades".

<sup>40</sup> Según expresión de Del Río Hortega (1990, 425) la ciencia "brotaba a raudales de su talento".

- Castro, Fernando de (1981): Ramón y Cajal y la escuela neurológica española, Universidad Complutense, Madrid.
- Del Río Hortega, Pío (1990): "La ciencia y el idioma", artículo reproducido en López Piñero, José María (1990), pp. 421-429.
- Durán Muñoz, García y Sánchez Duarte, Julián (1983 a): Ramón y Cajal, vida y obra, Científico médica, Barcelona.
- Durán Muñoz, García y Sánchez Duarte, Julián (1983 b): Ramón y Cajal. Escritos inéditos, Científico médica, Barcelona.
- Eccles, John C. (1970): Facing Reality. Philosophical Adventures by a Brain Scientist, Springer, N.York.
- González Blasco P, Jiménez Blanco J y López Piñero JM. (1979): Historia y sociología de la ciencia en España, Alianza, Madrid.
- Laín Entralgo, Pedro (1956): España como problema, Aguilar, Madrid.
- Laín Entralgo, Pedro (1959): La generación del noventa y ocho. Espasa-Calpe, Madrid.
- Laín Entralgo, Pedro, Albarracín Teulón, A. (1967): Nuestro Ramón y Cajal. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.
- Laín Entralgo, Pedro (1982): "Ramón y Cajal en la historia de España", Introducción a Albarracín Teulón (1982).
- Laín Entralgo, Pedro (1988): Cajal, Unamuno, Marañón. Tres españoles. Circulo de lectores, Barcelona.
- López Piñero, José María (1990): Pío del Río Hortega, Fundación Banco Exterior, Madrid.
- López Piñero, José María (2000): Ramón y Cajal, Debate, Madrid.
- López Piñero, J. M., Terrada Ferrandis, M. L. Y Rodríguez Quiroga, A. (2000): Bibliografía Cajaliana, Albatros, Madrid
- Núñez Florencio, Rafael (1990): Militarismo y antimilitarismo en España, CSIC, Madrid.
- Ochoa, Severo (1981): "Prólogo" en Ramón y Cajal, Santiago: Historia de mi labor científica, Madrid, Alianza.
- Ortega y Gasset, José (1983): Obras completas, Alianza-Revista de Occidente, Madrid.
- Ramón y Cajal, Santiago (1944): El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico, Espasa Calpe, Buenos Aires.
- Ramón y Cajal, Santiago (1961): Mi infancia y Juventud, En Obras selectas, Madrid, Espasa-Calpe.
- Ramón y Cajal, Santiago (1972): La psicología de los artistas, Edición de García Durán Muñoz y Julián Sánchez Duarte, Espasa, Madrid.
- Ramón y Cajal, Santiago (1978): Charlas de café. Pensamientos, anécdotas y confidencias, Espasa Calpe, Madrid.
- Ramón y Cajal, Santiago (1981): Historia de mi labor científica, Madrid, Alianza.
- Ramón y Cajal, Santiago (1999): Cuentos de vacaciones. Narraciones seudocientíficas, Espasa Calpe, Madrid.
- Ramón y Cajal, Santiago (2000): Reglas y consejos sobre investigación científica. Los tónicos de la voluntad, Madrid, Espasa.
- Reinoso, Fernando (1981): "Introducción", en Ramón y Cajal, Santiago: Historia de mi labor científica, Madrid, Alianza.
- Rodríguez, Enriqueta L. (1977): Así era Ramón y Cajal, Espasa, Madrid.